



Marta Chihuaicura (53) despertó con el ruido de las balas. Era la mañana del 24 de agosto pasado. Durante el desayuno conversó con su padre, con quien vive en la Villa Santo Tomás, en La Pintana. Él le contó que salió a mirar y que se enteró de que la balacera que escucharon se debió a que habían matado a una persona a dos cuadras de su casa, en la calle Las Gaitas, en el sector Concierto 2.

Pero a Marta Chihuaicura esto no la impresionó. Es más, recuerda que le dio lo mismo.

—Es que para nosotros esto ya es parte de la rutina— afirma.

Su padre tampoco le dio mayor importancia al hecho. El único resguardo que tomó fue que decidió abrir un poco más tarde el almacén de abarrotes familiar, ubicado al frente de su casa, hasta que la situación se calmara un poco más.

La otra costumbre que tomó es que cuando pasan este tipo de actos violentos, evita algunos pasajes para salir a comprar o para ir a tomar micro. O bien, trata de mirar quién está en la calle.

—Uno se trata de fijar si es que se están mirando feo. Si hay muchos cruces de miradas— dice Chihuaicura— es porque se va a desatar una balacera.

Por eso, esa mañana cuando ella conversaba con su padre, repitieron una frase que están acostumbrados a decir.

—Siempre decimos: se veía venir. Porque cuando le disparan a uno de un grupo, se entiende que van a venir a agarrarse con los de acá.

Chihuaicura cuenta todo esto con temor. Añade que su barrio, el Concierto, hace tiempo que está tomado por el narco. Las balaceras en los pasajes son habituales. No siempre terminan en muertes: por lo general, son para asustar o sencillamente herir a rivales.

Pero algo la sorprendió ese día.

Chihuaicura salió de su casa a las dos de la tarde. Ya no había carabineros ni acordonamiento policial. Tenía que ir a la junta de vecinos, donde es dirigente, a reunirse con Vilma Espinoza, otra antigua pobladora del sector. Hablaron de temas de la villa, pero no hablaron de ese muerto.

Cuando volvió a su casa, a las cuatro de la tarde, caminando por la Av. General Arriagada, se encontró otra vez con los carabineros, las patrullas y el tumulto de vecinos mirando.

—Pregunté qué pasaba. Me dijeron que encontraron otro muerto, está tirado y se lo van a llevar.

La situación le llamó la atención. Bromeó con un carabinero: dos muertos en la misma cuadra.

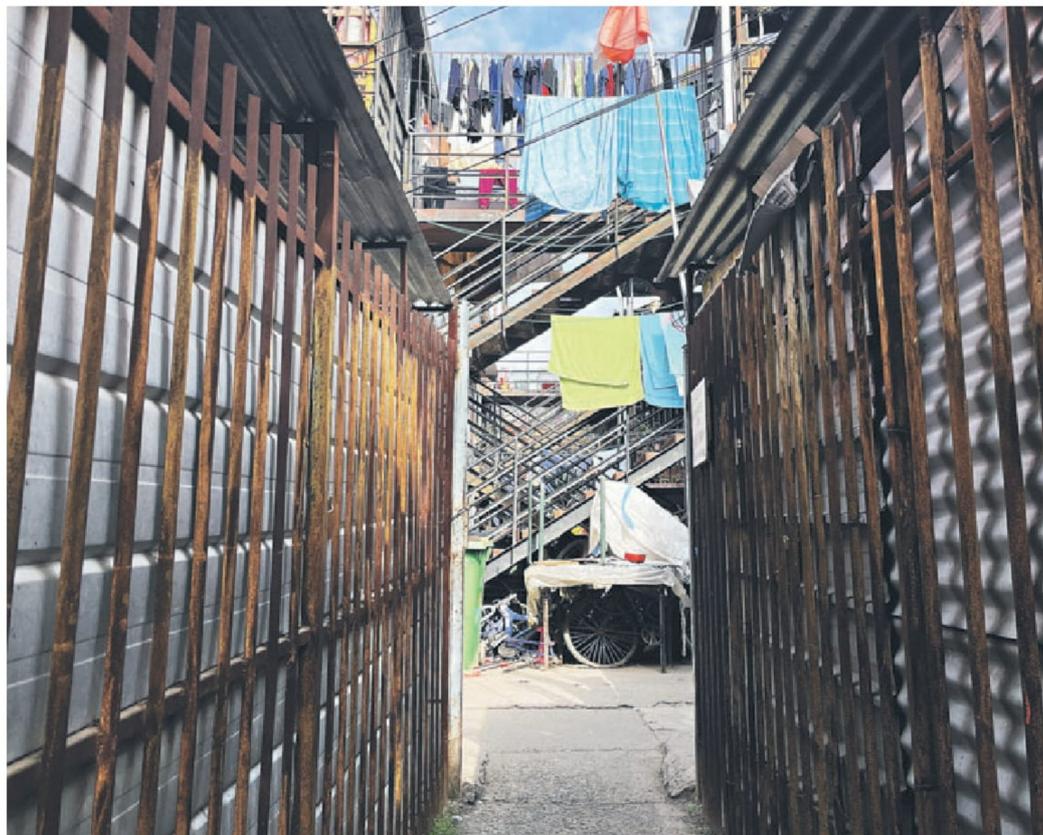
Pero más que eso, nada cambió ese día para Chihuaicura. Se acostó temprano, vio TikTok y se durmió.

La mujer dice que no le dio importancia a lo que pasó ese día. Ni con las noticias que hablan de que en su barrio hubo cinco homicidios en 10 días se sorprende.

—Es que ya estamos acostumbrados a vivir así. Ya es parte de la rutina.

Vivir en la Concierto

Vilma Espinoza (66) es dirigente desde hace



Vivir en la Santo Tomás, la villa roja de La Pintana

Una seguidilla de homicidios en las últimas dos semanas desnudaron una cruda realidad en esta villa al norte de La Pintana: el abandono estatal, la ausencia policial, la deserción escolar y la falta de recursos han hecho que el barrio sea tomado por el narcotráfico y los ajustes de cuentas.

Por **Gianluca Parrini** | Fotos **G.P.**

30 años de la Santo Tomás. Mientras toma agua en su sede vecinal en la avenida del mismo nombre, dice que los seis homicidios en la zona se explican por algo: el rincón de La Pintana donde viven está abandonado a su suerte hace años.

Espinoza describe algunas cosas del sector: nació con la reubicación de personas que habitaban viviendas sociales en otras comunas en los años 80. En sus 140 hectáreas de superficie viven 55 mil personas. Colinda por el norte con La Granja, por el este con La Florida y al sur con el terreno de La Platina. El límite oeste es la Av. Santa Rosa.

El sector Santo Tomás, explica Espinoza, está compuesto por una veintena de villas. Una de

ellas es la Concierto, donde sucedieron los homicidios este mes.

Marta Chihuaicura llegó a vivir a la Concierto cuando tenía 19 años, a inicios de los 90. Se mudó con su madre y su padre desde La Legua. Su casa es de 32 metros cuadrados. Así son la mayoría en la Concierto. Vive en un sector que los vecinos llaman “los bloques”: son 12 viviendas con fachada continua, pareadas, todas de corrido.

Al poco tiempo su padre compró una casa al frente, donde puso un negocio. La idea era poder surgir vendiendo abarrotes.

Pero su barrio de a poco se fue deformando por la violencia, manifiesta. El narco se estaba metiendo con fuerza en el territorio.

—Había dos bandas: Los Guarenes y Los Phillips. Ellos peleaban por el territorio, por quién vendía más— explica Vilma Espinoza—. Fue un tiempo muy difícil. Los niños en los colegios tenían que esconderse debajo de los asientos cuando se escuchaba que empezaban las balaceras.

En ese tiempo, lo que Marta Chihuaicura más temía era que a su hija le llegara una bala en el camino de vuelta del colegio. “Me imaginaba que me la iba a encontrar muerta un día”, dice.

La inseguridad del sector fue haciendo cada vez más difícil que el negocio subsistiera.

SIGUE EN PÁGINA 28 ►►